

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la Península UNA PESETA al mes.
Extranjero, 7'50 PESETAS trimestre.
Comunicados a precios convencionales.
Redacción y talleres: S. Lorenzo,

MARTES 9 DE ABRIL DE 1901

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS
En cuarta plana. 00'05 pesetas línea
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15.

Augusto Vivero

A continuación reproducimos el trabajo presentado en los Juegos Florales y premiado con el regalo del Casino, de nuestro compañero de redacción Augusto Vivero.

Insertamos este estudio, que corresponde al tema «La mujer en el hogar», porque su lectura merece ser conocida del público y porque el verdadero Jurado, el verdadero tribunal, el que merecidamente otorga la mención digna al escritor público, es, la opinión imparcial, independiente e ilustrada, y porque la tesis de este trabajo interesa a todos, pues la influencia de la mujer en el hogar doméstico, es uno de los trascendentales estudios que más debe ocupar la atención de los pensadores y de la sociedad en general.

Detenidamente, prometemos, hacer un estudio crítico de la composición de nuestro querido compañero Vivero, mas sin perjuicio de esto, aun hiriendo su modestia, diremos cuatro palabras de su personalidad literaria.

Augusto Vivero, es un chico de la prensa, que tiene, aunque parezca raro, sentido común y opinión propia, y decimos aunque parezca raro, porque la mayoría de los que figuran hoy en la república de las letras carecen en absoluto de una y otra cosa.

Su nombre de poeta, y poeta distinguido, lo conquistó merecidamente y por unanimidad, con la publicación de su «Cinematógrafo», libro de modesta ambición, pero que encierra elevados conceptos en bien escritas composiciones, que revelan al poeta de fácil ejecución y hondo sentimiento.

Arraigadas con profunda convicción en su pensar, las teorías socialistas, respiran todos sus trabajos en prosa y verso el amor al obrero y el odio a la presión inhumana e inconsiderada de la burguesía sin entrañas.

Vivero siente la poesía, no como los cursis, inspirándose en el ófiro, en la frena y en las sedosas cabelleras de sentimentales rubias, sino que, profundizando en los actos aparentemente vulgares de la vida, rebusca, desentraña y eleva sentimientos ignorados e inadvertidos para la mayoría, que con infima percepción y criterio y alma de verdadero poeta, encuentra y sublimiza.

Vivero, prosista sin amaneramientos ni ampulósidades, pero con facilidad de palabra, con castiza expresión, narra lo que se propone, llevando a los lectores el convencimiento de lo que dice, sin cansar ni distraer la atención.

Augusto Vivero es de los que ejercen el culto de las letras con afición verdadera de artista, con entusiasmo, pero al mismo tiempo tiene un defecto gravísimo que no puedo dejar de mencionar; efecto sin duda de su origen, la negligencia de su carácter meridional, el abandono de su misma gloria, influyendo más en él, la pasividad y la modestia que la digna ambición del que como él puede llegar al pináculo de la fama.

Nosotros, por nuestra amistad con él, por compañerismo, y sobre todo por afecto a la justicia en el arte, nos hemos alegrado con toda el alma, de la distinción de que ha sido objeto en los Juegos Florales, y aunque personalmente ya lo hemos hecho le repetimos desde aquí nuestro cariñoso abrazo y nuestra cordial enhorabuena.

J. A.

LA MUJER EN EL HOGAR

LEMA: Cartas a una amiga.

(De la mujer)

Amiga del alma: Escobrosillo es el tema y no muy grande mi esfuerzo para desentranar cumplidamente lo que juzgas de interés en cuanto se relaciona con tus deberes caseros, que empresa es esta a más claro juicio encomendada y reser-

vada a más digna pluma. No obstante, con tu benevolencia por escudo y mi propia humildad como disculpa, voy a poner por escrito mis ideas, sin alardes retóricos que no te agradan y sin pujos de erudición que me fastidian grandemente: tú y yo nos comprenderemos y es lo preciso.

Si ello no te disgusta, satisfaré mi compromiso con tres cartas, escritas a la buena de Dios y procurando no escabullirme por las sendas y vericuetos que el asunto ofrece: así, a la pata la llana, como luego decimos, expresaré cuanto se me ocurre de la esposa y de la madre, pues tengo para mí que no te refieres al hogar donde, como dijera al sentirme retórico, la crisálida se vuelve mariposa, donde la niña se hace mujer, sino al otro, aquél donde la mujer es reina indiscutible, donde pasa a esposa desde hija y de esposa a madre. ¿Verdad que a ése aludes?

He aprendido y tú no lo desconoces, que es imposible exista la buena esposa sin la mujer buena, y es difícilísimo, aunque no imposible, que haya buena madre donde no hay buena esposa.

¿Dices que hago un excelente dómíne? No te rías porque no cuadre a mi natural regocijado este airo pedantesco. ¡Si vieras cuántos hombres lloran la falta de la mujer buena donde sólo encuentran, no la esposa, sino la mujer, la hembra, como se dice ahora por la gente de entendimiento!

En verdad que no pequeña parte de la culpa, es del hombre. Cuando la niña abre su entendimiento al estudio, la cortamos las alas, porque no queremos que aprenda más de lo preciso: juzgamos que un poco de lectura, dos pocos de escritura (con escasa ortografía, por de contado) y una dosis, no muy grande, de aritmética, sobran para que la mujer brille en el mundo y cumpla su misión sobre la tierra.

Que sepa coser, que se ejercite en bordar, que ponga en claro los geroglíficos de los papeles de modas y nos damos por satisfechos, porque no requieren más estudios para matrimoniar ventajosamente.

El hombre necesita brillar con luz propia y no conviene que la mujer pueda eclipsarle en los combates del entendimiento.

Desde chiquitina la ejercitamos en el disimulo como posible defensa de ataques de todo jaez. Adiestrámosla en apartar los ojos de lo que mira su alma, no persiguiendo lo mejor ni lo más oportuno, antes fijándonos en lo mejor visto y haciendo que la voluntad doblegue al alma en todos sitios y en todas ocasiones.

La damos por todas armas, espejo y abanico: uno, para mirarse disimuladamente y otro, para mirarse con disimulo. ¡Y nos quejamos de su falta de inocencia!

Ponemos en sus manos, con nuestra primera misiva de amor (¡a los doce abriles!) el epistolario amoroso, porque todavía no lee de corrido ni escribe sin tropiezos; la enseñamos a ocultar aficiones, ocultando sus amores y, desde niña, con nuestras veleidades e inconstancias, la adiestramos en fingir cariños, con exactitud de fonógrafo en las palabras, repetidas hoy a uno, después a otro y menos mal si no es a otros, porque a menudo se dan casos... Así aprende a jugar a los novios, cual lo hacen a las muñecas e al San Sereni del Monte; y cuando la edad del raciocinio llega, cuando se prepara la evolución de niña a mujer, vemos que la mujer no siente apenas y aleccionada por algun que otro desengaño, más ó menos importantes, desconfía de todos y duda de todo.

Más tarde, luce costosos trajes, porque las humildes, las modestas, no son celebradas de hermosas ni requeridas de amores, como las hijas aprenden y aprendieron: dan, con nosotros, en distanciar-se del pobre que puede ensuciar sus vestidos: viven pensando en reuniones espléndidas y en bailes costosos, porque a ellos van otras amigas que con otros amigos censuran su alejamiento voluntario ó preciso: comentan, con nosotros,

la fortuna de la que al pasar de señorita a señora tiene libertad y para divertirse y más elementos para distraerse: y con tales ideas, tan instructivas enseñanzas, tales prejuicios e ilusiones tales, cruza la mujer a menudo, el sendero del matrimonio y corre a campo traviesa hacia el desengaño, la desilusión y el hastío.

La no educada en tal escuela, la que busca el trato de las gentes con disrección, sin olvidarse de la familia y del peonllo; la que sabe sentir sin mengua del pensar; la que reputa el matrimonio por el bello ideal de la enamorada, buscando el complemento de su sér en el sér querido; la que entra en el matrimonio por la puerta del amor, olvidando la excusada del egoísmo; la que no se abochorna llamándose mujer de su casa tras del sarao brillante a donde la llevan de seo ó necesidad; la que no tiene el corazón estragado por el abuso de los sentimientos y quiere a quien la quiere; adora a quien la adora y compadece a quien no sabe comprenderla: es la mujer de mis sueños, la mujer buena, la que, en todo caso, más se le aproxima.

II

(De la esposa)

Inolvidable amiga: Cátame ya disponiendo pluma y papel, con ánimo de exponerte pobrecito de mil las cualidades que son a la esposa imprescindibles para conseguir la dicha propia y a la par, la del hombre a quien la uniera una palabra, que es a modo de lazo de flores para los bienaventurados y pesa como insufribles hierros a quienes sufren en el purgatorio de los conyugues mal avenidos.

La esposa, a mi entender, ha de sumarse de tal modo al hombre a quien se ha unido, que en adversidades ó bienandanzas vengan a ser todo indestructible; los dolores compartidos, parecen más llevaderos: las prosperidades son más hermosas, producen regocijo mas grato, más durable, gozándolas en compañía del sér querido.

La esposa que no siente los gozos y pe-a-res de su compañero, la que no mira en los altibajos de la fortuna ocasiones de mostrar los tesoros de su cariño, en alegrías ó consuelos y fijándose únicamente en que alteran, en modo más ó menos sensible, la propia comodidad, aliviándola ó recargándola y, despedrada, culpa al esposo cuando mas cariño y consuelo necesita, y se regodea no con el bien de entrambos, antes por el propio: tal esposa cava la sepultura de la dicha doméstica y aparta de sí todo placer, todo regocijo, todo sosiego sanos.

Tampoco son felices aquellas que dan pié a la enemiga del esposo, empleándose en recorrer calles y paseos a todas horas, olvidadas del hogar: aquellas que entretienen sus ojos (por fuerza no muchos ni muy dilatados) en recorrer tiendas, sin necesidad, aficionándose al desembolso innecesario y al lujo desmedido; ó hacen de la casa agena la suya legítima, viendo en la suya estación enfadosa y aborrecible, a donde sólo acuden los instantes preciosos...

No alcanzan tampoco dicha las que abandonan en mano de sirvientes la hacienda, poseídas de que el matrimonio no las obligó a interesarse en cuanto al peonllo se refiere, por no ser emplee de la casada la inspección de algunas particularidades referentes a la hacienda, sino del hombre, que se debe al cuidado de tales cosas. Estas despreocupadas no miran que su peculio se evapora en manos de la servidumbre, atenta sólo a su medro y no a la prosperidad del hombre que, empleado en los negocios, confía a su mujer el manejo de las ganancias honradamente adquiridas en sus especulaciones.

Debe fijarse la esposa en que una prudente economía retendrá la abundancia al lado suyo y con la abundancia (no supérflua) la dicha y el sosiego, pues de todos es sabido que el imprudente derrochar trae como de la mano a la miseria, cuyo séquito son los pesares, la desconfianza y el desamor; de donde conocemos que la miseria acaba con la felicidad de los matrimonios.

Si la fortuna la distanciase de las faenas domésticas, no las abandone la esposa al cuidado de la servidumbre y a su buen deseo; antes bien debe celarlas por sí misma y cuidar de que todo se encuentre en su punto y a su punto, reprimiendo con severidad (aunque no con excesiva crudeza) las faltas que notase ó los abusos que tuviese por corregibles. Así reina el aseo y con el aseo, el mejor servicio de todo y la holgura.

No debe desdeñarse, a pesar de su nacimiento ó riquezas, de poner mano en determinadas labores, para dar ejemplo de mujer hacendosa y entendida a sus criados, que así trabajarán con ahino y audirán a todo con diligencia, no hallando excusa para la ociosidad. Así rige la casa el buen orden y se vencen desobediencia y holgazanería.

Debe ser honesta y recatada y no sólo serlo sino darle a entender, porque el mundo suele pagarse de apariencias y quita fama a quien aparece en la forma como no es en realidad. Debe poner mucho cuidado en la busea de amigos, pues las hay tales que, siendo buenas, causan más daños que otras de peor condición; y si comprendiese que su marido no gusta de su amistad con alguien, debe apartarse de la tal persona, si el disgusto no estribase en fundamentos falsos, que al suceder así, debe apartarle de su error prudentemente, ó apartarse del trato de aquella persona, en evitación de posibles disgustos. Así gobiernan la casa inacabable armonía y paz indestructible.

Debe la buena esposa ser comedida en sus deseos: no ambicionar lo que su conyuge no puede concederle; no aherrajarle con ambiciosas iniciativas ó fútiles caprichos; no forzarle, valiéndose de ardidés amorosos, a conducirla a destiempo y cuando el hogar la reclama, a sitios de diversion y no arruinarle, poniendo su cariño a prueba.

¿A qué enumerar otros deberes de la buena esposa? Con los citados bastan. Son elemento preciso para la dicha conyugal y la esposa que los desatienda, no puede lograrla en la vida. Ellos, con algunos otros que no cito y tú conoces sobradamente, constituyen la entelequia, el alma de ese angel custodio que llamamos la buena esposa.

III

(De la madre)

Amiga entrañable: Ahora veo cuán inmensa pesadumbre es la de este negocio en que por curiosidad tuya y presunción mía, ando metido. ¿Cómo sujetar a reglas más ó menos limitadas los deberes de la madre? ¡Ay, amiga mía, pésame de todo corazón haberme zampado en este berengenal, que no me brinda ahora un resquicio por donde escaparme bonitamente!

Creo que la madre es y no se forma con prescripciones, eruditas sobre todo; mas también opino que ciertas notas en el sublime centón de la maternidad deben y pueden ser utilísimas a las madres que gustan de preparar hijos para la gran lucha por la vida y no figurones, aptos, a lo más, para lucir el último traje concebible por ambicioso artista.

Si no diste al olvido la sarta de consideraciones que en mi primera epístola puse, conocerás algo de lo mucho que evitar debe la madre, haciendo extensivo a los varones cuanto a las hembras aplicaba este tu humilde amigo, y verás lo fácil que es a la gente moza tercerse en sus primeros años, para no adquirir en la vida la dureza de que todos gustamos, tal vez por echarla de menos en nosotros mismos.

El mozo tiene ante sí dos sendas y echará por aquella adonde su madre, a modo de lazarillo, le encamine; si se le educa en prácticas honestas, en principios sanos y a su alrededor sólo mira ejemplos virtuosos, tomará el buen camino; si le predican el bien y le corrompen a la par el alma con malos ejemplos: si no encuentra en la prácticas, cuanto aprende en teoría, el mozo sechará por el mal camino.

Reglas para llevarlo por el buen camino? Las hay, por fortuna. Son pocas, muy pocas y ellas preceptúan con divina

señillez lo que no pudiera preceptuar en gruesos infólios cualquier pedante presumido.

¿Cuáles son las reglas citadas? Allí van: piensa que la madre que los enseña a su hijo, con la práctica, lo encamina para siempre al buen sendero, si el hijo practica cuanto aprendió de su madre:

- »Amar a Dios sobre todas las cosas.
- »No jurar su santo nombre en vano.
- »Santificar las fiestas.
- »Honrar padre y madre.
- »No matar.
- »No fornicar.
- »No hurtar.

»No levantar falso testimonio ni mentir.

»No desear la mujer de tu prójimo.

»No codiciar los bienes ajenos.

«Valiente revelación! ¡Miran con lo que me sale el sablondo! ¡Brava novedad! ¡Eso me lo tenía olvidado de puro sabido!... ¿A que dices tú esas cosas, leyendo cuanto antecede? Sí, amiga mía, esas prescripciones las sabemos todos y todos las olvidamos de puro sabidas; mas, aunque nadie las practique al pie de la letra, de cuántos abismos nos apartan! Porque creólo, aunque se las olvide un poco, no es tan grande el olvido que, en ocasiones, no se presentan a nuestra imaginación para hacer más odiosa la felonía proyectada y apartarnos de ella... ¡Si no olvidásemos nunca que debemos amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo!...

Dea! que la madre es y no se forma con prescripciones y cuanto digo de estas sublimes órdenes del Creador, apoya mi aserto. ¡Hay muchas madres, aun las apartadas del trato de las gentes y que no conocen el ateísmo) que no educan a su descendencia en tales mandamientos?

Y es que constituyen el alma materna, ansiosa para el pequeñuelo, regocije del hogar, de todo cuanto puede hacer más dulce su existencia, más apacibles sus horas: como Cristo, padre amoroso, ansiaba para las generaciones, redimidas por su sangre, la perfección que le es dado alcanzar al hombre.

No olvides, amiga mía, que el hombre debe ganar el pan con el sudor de su frente, que las hembras, criadas a tus pechos, por cumplir otro mandato divino, *crecite et multiplicamine*, deberán unirse con lazo indisoluble a ese hombre... ¡No lo olvides y que no lo olviden ellas!

Si logras enseñar cuanto valen el tiempo y el trabajo que abastece los hogares y vigoriza y alegra los cuerpos, llevarás a tu prole como de la mano por el buen camino.

Y aquí remato, amiga del alma, pesoso por no haber satisfecho cumplidamente la misión encomendada a mi experiencia de hijo que habla de cuanto aprendió, porque aun no puede hablar de lo que enseña: perdona, pues, los muchos defectos desperdigados en las anteriores parrafadas y saborea, como remate, que endurece el amargor de mi prosa, el profundo pensamiento de un delicioso poeta de nuestros días. Adíos, y escuchas al poeta:

«El día en que las madres a sus hijos no enseñan a rezar; el día en que de Dios junto a la cuna no les hablen, ¿de qué les hablarán? Seca, Señor, los pechos de esas madres que la vida del alma no han de dar...

Para nutrir el cuerpo bastan las fieras que creaste ya.»

Augusto Vivero.

EL HIJO

CUENTO

LEMA: De mi huerta murciana

A continuación publicamos el cuento que a nuestro querido amigo D. Juan Antonio Lopez, le fué premiado en los Juegos Florales celebrados antañoche.

Con este motivo volvemos a felicitar a su autor por el brillante paso que ha dado en su carrera literaria.

Quando después del trabajo llegó Federico a la barraca, su mujer le entregó aquella carta que acababa de recibir del amo.

